

Bang!, de información y estudio sobre la historieta, debería obligar a todos los interesados en el «comic», desde un ángulo u otro, a iniciar una serie de reflexiones sobre lo que el «comic» representa en el conjunto de la industria cultural — y especialmente en el conjunto de la industria cultural española—; y a un replanteamiento profundo de lo que significa escribir sobre la historieta, estudiarla, en una situación cultural como la nuestra.

Frete a la evidencia del papel enajenante que el «comic» — y la cultura de masas en general— desempeña en nuestra sociedad, la contemplación despasionada es obviamente imposible. Pero el crítico, el estudioso, se encuentra ante la sorprendente heterogeneidad del público interesado en la historieta: de una parte profesionales del dibujo o del guión, de otras personas interesadas en las relaciones entre cultura y sociedad —en la posibilidad de que exista una cultura en esta sociedad—; pero, sobre todo, «aficionados». Es muy probable que el mayor número de los interesados en los estudios sobre «comic» formen parte de la misteriosa raza de los «aficionados», ansiosos de saberlo todo sobre su personaje favorito, de coleccionar todas sus aventuras y de encontrar a otros «aficionados» sobre los que discutir el apasionante tema de la fecha exacta en que McCoy comenzó a realizar íntegramente **El hombre enmascarado**.

En semejante contexto de público es inevitable que una publicación especializada en el estudio de la historieta deba debatirse en un mar de contradicciones si desea mantener una difusión que garantice no sólo su supervivencia, sino también su funcionalidad, y conservar al mismo tiempo una coherencia crítica.

Este último cuaderno de **Bang!** es una buena muestra de esa búsqueda simultánea de la existencia pública y de la capacidad crítica: junto a lo atterradoramente nostálgico es posible encontrar intentos desmitificadores de una crueldad sorprendente. El ajuste de cuentas del dibujante Adolfo Alvarez-Buylla con **Diego Valor**, personaje del que fue uno de los creadores, podría dar idea de cómo la añoranza se funde con la lucidez.

El cuaderno está globalmente dedicado a la historieta española de ciencia ficción, y como introducción a un estudio del tema resultará ser, probablemente, eficaz. Para el coleccionista empedernido el número ofrece el atractivo de reproducir íntegramente una historieta del **Flash Gordon**, de Williamson, un amplio «dossier» sobre **Diego Valor** y un ejemplo de «comic» español de ciencia ficción perfectamente encuadrable en la producción industrial de los años cincuenta: **El planeta del horror**, de Rumeu, con guión de Víctor Mora. Para el profesional se incluye información de actualidad.

Para el que pretenda comprender el sentido que un lenguaje, en su doble aspecto estético e ideológico, tiene en nuestro contexto social, quedan sentadas las primeras etapas para un estudio en profundidad, mediante la documentación y mediante críticas de aspectos parciales del problema. Quizá ésta sea la mayor funcionalidad de lo que los cuadernos **Bang!** representan: abrir un camino, crear una audiencia, señalar el problema que representa una faceta de nuestra forma de vida sistemáticamente ignorada hasta el presente. ■ **LUDOLFO PARAMIO.**

Mitos y realidades sobre la inteligencia

Unos han definido a la inteligencia como una capacidad general del sujeto para adaptar conscientemente su pensamiento a nuevas exigencias. Otro, como la suma de facultades del individuo para actuar con finalidad, para raciocinar y para entenderse de un modo eficaz con su medio ambiente. Las definiciones podrían proseguir «ad infinitum». El tema de la inteligencia es uno en los que más ha abundado en este siglo la bibliografía sobre los temas de la psicología humana. Ante este hecho conviene subrayar que una adecuada comprensión de los contenidos reales de la inteligencia excede en mucho a una mera cuestión de academicismo intelectualista; por el contrario, tiene una concretísima inci-

dencia en la organización social de una comunidad, y por tanto en el destino personal de los individuos que la componen.

En el estudio de la inteligencia humana se han entremezclado —muchas de las veces con propósitos inconcesables e inconfesados— mitos con realidades. Precisamente con este título: «La inteligencia. Mitos y realidades», se acaba de editar en España la obra del francés Henri Salvat, especialista en psicopedagogía de niños deficientes intelectualmente.

Parte Salvat de que el hombre es un ser social e histórico: es un «proceso» y este proceso es el de sus propias experiencias. El hombre se contruye a sí mismo transformando el mundo, y recíprocamente. Como decía nuestro Ortega, desde perspectivas ideológicas bien distantes de las de Salvat, la auténtica vocación humana es la reabsorción de su concreta circunstancia vital. El hombre tiene naturaleza, pero es historia.

Salvat proclama que las diferencias intelectuales entre los hombres no deben tomarse como de «naturaleza», sino como el testimonio de diferencias culturales y

«experienciales». Se trata, pues, no ya de «diferencias» —en más o en menos— de inteligencia, sino de **diferencias intelectuales** debidas a unos modos de apropiación, necesaria y contingentemente distintos, de la realidad exterior. Desde esta perspectiva, para Salvat la inteligencia «pura» es un mito que esconde la realidad de las inteligencias diversificadas. Ningún hombre es fundamentalmente distinto a otro, pero cada individuo es un caso particular de la especie humana.

Reconoce el autor que las proposiciones que anteceden no dejan de presentar ciertas contradicciones, a cuyo esclarecimiento se dedica a lo largo del libro, unas veces con mayor fortuna que otras, pero siempre con un innegable acopio de datos, que hacen de este volumen un instrumento de interés especial no sólo para pedagogos y educadores, sino también para todos los que aspiran a la comprensión del fenómeno humano en su totalidad.

Arranca Salvat de la relación entre el nivel intelectual de los individuos y el nivel geográfico, étnico, social, cultural y económico

de su medio ambiente. Especial interés tiene la crítica aguda y demoleadora que Salvat formula sobre los «tests» de inteligencia, de los que dice que están saturados de «factores sociales y culturales», y que, por tanto, han sido totalmente vanos los esfuerzos de los psicólogos para confeccionar unos «tests» sin variantes socio-culturales, particularmente en los casos de los «tests» no verbales. En una palabra, el autor proclama que los «tests» no permiten establecer ni medir las aptitudes intelectuales innatas. Y llega a más: en su opinión, en el uso de los «tests» se encubren a veces opciones políticas e ideológicas en beneficio del «establishment» del sistema establecido.

Salvat, a continuación, aborda el clásico problema herencia-medio ambiente. Y llega a la conclusión de la decisiva influencia de la educación en la determinación del nivel intelectual del individuo. Ello le lleva a un análisis de las realidades y prácticas educativas, familiares y sociales. No es éste el lugar para la descripción detallada de los temas que trata Salvat en su libro, pero no me resisto a transcribir su afirmación razonada de que el fracaso escolar, que alcanza en nuestras sociedades cotas elevadísimas, no es más que un producto de nuestro deficiente sistema docente, reflejo fiel de los fallos de nuestras sociedades.

La dialéctica del razonamiento del autor sobre el tema de la inteligencia lo lleva al planteamiento de la dicotomía herencia psicológica-herencia social. Y con ello a preguntas básicas: ¿cómo conciliar nuestras actitudes «culturalistas», que atribuye la influencia decisiva de la educación en la génesis del psiquismo, con las actitudes «constitucionalistas» que señalan como factor esencial del desarrollo ideológico la herencia o el innatismo de las capacidades intelectuales? Dicho en otros términos: ¿Cómo explicar que, en igual medio, determinados individuos sean muchos más dotados que otros? ¿Qué relaciones hay entre el cerebro y la inteligencia? Son preguntas que Salvat se plantea con radicalidad, y a las que trata de dar solución, o vías de solución, desde sus esquemas. ■ **PEDRO FERNAUD.**

